LUIS DE OLIVE Y EMILIO G. DEL CASTILLO

NO HAY PRENDA COMO LA VISTA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

INSPIRADO EN UN CUENTO FRANCÉS

MÚSICA DE

ERNESTO RUIZ DE ARAÑA

Y

MANUEL RIVAS





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, núm, 12

1910

15

NO HAY PRENDA COMO LA VISTA

NO HAY PRENDA COMO LA VISTA

JUGUETE COMICO-LIRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

INSPIRADO EN UN CUENTO FRANCÉS

LETRA DE

LUIS DE OLIVE

Y

EMILIO G. DEL CASTILLO

MÚSICA DE

ERNESTO RUIZ DE ARAÑA

Y

MANUEL RIVAS



MADRID

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE ESPINOSA Y LAMAS

Augusto Figueroa, núm. 4.

1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Easo.
ELVIRA	» Dolna.
LA MAESTRA DE BAILE	» Ibáñez.
ANTONIO	» Cohen.
ARTURO	Sr. Matheos.

Época actual.—Lados del actor.

ACTO ÚNICO

DECORACIÓN

Tocador elegante con puerta al foro, que comunica con el cuarto de baño. Este, iluminado, deja ver la pila de mármol y los grifos. La puerta de dicho cuarto con tapíz que pueda descorrerse.— En escena: una puerta á la derecha, *paravant* elegante en el rincón del mismo lado; espejo de cuerpo entero, con dos mesitas á los lados, en la izquierda. En las mesitas, útiles para el aseo.— Es de día. Araña en el centro de la escena y brazos de luz á los lados del espejo. Sillas, diván, etc.

ESCENA PRIMERA

LUISA y ELVIRA.

Al levantarse el telón se vé á Elvira inclinada sobre el baño probando la temperatura del agua.—Luisa, detrás del biombo é invisible para el público (1).

LUISA. ¿Está el baño?

ELVIRA. Sí, señora. Al temple de mi mano, como siempre.

LUISA. No vayas á ponerlo como ayer, más frío que la nieve. Así me hizo tanta impresión... Prepárame la bata.

ELVIRA. Ya está aquí. (Coge una que habrá sobre las sillas.)

LUISA. ¿Vino el avisador? (Tirando una falda interior de seda, que recoge y dobla Elvira.)

ELVIRA. Hace un momento. Tiene usté ensayo de «El susto de Eva» á las cuatro, y de «Menta en polvo» á las seis.

LUISA. Sí; toda la tarde... Y hoy que viene á comer Antonio. (Tira unos pantalones de mujer; juego anterior.)

ELVIRA. ¡Pobrecillo!

LUISA. ¿Por qué dices eso?

( ) Visible, si el público lo admite, es más práctico.

ELVIRA. Toma, ¿pues no se ha quedao ciego? ¡Así que debe ser poco triste eso!

LUISA. ¿De modo que has leído la carta?

ELVIRA. Señorita, yo... (Turbada.) La encontré en el suelo, y antes de tirarla, por si era algo importante...

LUISA. Está bien. ¡Vaya una confianza que puedo tener en tí! Venga la bata.

ELVIRA. La azvierto á usté que otras en que la decía cosas reservadas no las he leído. Ha sido la primera vez.

LUISA. Pues que sea también la última. (Timbre dentro.)

ELVIRA. ¡Llaman! ¿Será D. Antonio?

LUISA. ¿Tan pronto? ¿Has arreglado la sala?

ELVIRA. Toavía no... ¡Como no me vuelva siete!

LUISA. ¿Qué dirá cuando lo vea todo revuelto?

ELVIRA. ¡Pero si no lo puede ver!

LUISA. Traerá algún criado de lazarillo y ese le dirá...

ELVIRA. ¿Por qué no le pasa usted aquí?

LUISA. ¿Aquí? ¿Estás loca? ¿Desnudarme en su presencia?

ELVIRA. ¡Valiente cuidiao me daría á mi desnudarme delante de un ciego!

LUISA. La verdad es que si le dejo solo en la sala se aburrirá y se pondrá triste pensando en su desgracia, y... yo no puedo olvidar que ha sido uno de mis más fervientes admiradores. (Timbre.) Anda; vete á abrir.

ELVIRA. ¿Le paso aquí, ó no?

LUISA. Bueno, mujer, que entre aquí. Así le hablaré desde el baño. (Sale Elvira).

ESCENA II

LUISA, dirigiéndose al cuarto de baño; después, ANTONIO conducido por ELVIRA

LUISA. ¡Pobrecillo, tan joven y quedarse ciego! ¡Cuánto va á sentir no poder verme!... ¡Ea! Al agua... que rica debe estar. (Entra en el cuarto y corre la cortina.)

ELVIRA. (Conduciendo á Antonio que se apoya en ella con exageración, *aprovechándose* del miedo que tiene de caer, y anda eon paso incierto. Elvira va apartando sillas) Por aquí, despacito y con cuidado, no vaya usté á lastimarse y á romper algún jarrón.

ANTONIO. Gracias por mí y por el jarrón.

ELVIRA. Ya está usted delante del diván. (Queriendo retirar la mano y el brazo que el otro tiene cogido y no suelta.) Ya puede usté sentarse en el diván. (El otro sigue sin hacer caso.) Siéntese y... suélteme la mano... que me hace cosquillas con ese sobajeo. Usté será ciego, pero sobón, también.

ANTONIO. Tenemos la vista en las manos.

ELVIRA. Pues mírese usté las narices.

ANTONIO. (Soltando la mano) Toma la mano, guárdatela. No vayas á creer que yo quiero hacer nada malo con tu mano.

ELVIRA. Se guardaría usté muy bien.

ANTONIO. Tienes poca caridad, muchacha.

ELVIRA. Pero si parece imposible que no vea usté con esos ojos tan abiertos.

ANTONIO. Pues por desgracia es así. Verdad es que para lo que hay que ver en este mundo.

ELVIRA. ¿No ha perdido usté el buen humor?

ANTONIO. Cuando estoy en mi casa me olvido de que lo soy. Me arreglo muy bien allí con el tacto.

ELVIRA. No, y aquí, aquí también. Voy á avisar á la señorita que está en el baño.

ANTONIO. Vete, muchacha, vete.

ELVIRA. Que se queda usté solo.

ANTONIO. No te preocupes. (Sale Elvira por el foro volviendo á correr la cortina.)

ESCENA III

ANTONIO

Cuando se queda sólo mira alegremente á su alrededor y examina los muebles mientras habla.

Muy bien amueblado; con mucho gusto. Decididamente, Luisa es mujer de gusto... Y

en cuanto á lo demás, pronto lo sabré... No hay engaño posible; así podré verla al natural. ¡Cómo va á desconfíar de un ciego! Y realmente sí... estoy ciego... de amor. La verdad es que ahora con tanto postizo no sabe uno á qué atenerse... ¡Y es tan triste una desilusión! Se ve una señora en la calle, redonda, plástica, escultural, y luego... algodón en rama Las que tienen de aquí, (Pecho) carecen de acá; (Caderas) las que poseen ondulaciones de acá, (Caderas) están faltas de aquí. (Pantorrillas, coge una liga.) No, pues lo que es ésta, de aquí no está mal... ¡Vaya un circuito! (Coge un corsé.) ¿Pues y de acullá?... Por lo visto es de las de ley. (Examinando el corsé.) Suficiente. Muy suficiente, ya lo creo. (Ruido dentro. Antonio vuelve á su sitio y ocupa la misma posición en que le dejó Elvira.)

ESCENA IV

ELVIRA y ANTONIO

Sale Elvira del cuarto de baño, descorriendo la cortina, que se olvida de correr de nuevo. Se queda un momento mirando á Antonio, que sigue inmóvil.

ELVIRA. (¡Qué lástima de hombre, qué lástima!) (Coge la ropa de Luisa y la coloca tras del biombo. Se deja olvidada una media. A Antonio.) La señora sale al instante.

ANTONIO. (Con placidez,) Que no tenga prisa. (Sale Elvira.)

ESCENA V

ANTONIO, en escena.—LUISA, en el baño (1).

LUISA. Elvira, Elvira, corre la cortina que me entra aire.

ANTONIO. (Aparte.) Que corra la... (Ha observado disimula-

---

(1) Según los públicos puede hacerse esta escena apareciendo por completo Luisa en el baño ó viéndose parte de ella.

damente la salida de Elvira; al oir la voz de Luisa, mira hacia el foro, y su cara refleja el contento, que reprime al punto para contestar.) Encantadora Luisita... Creo que... Me parece que Elvira se ha marchado. He sentido una puerta.

LUISA. ¡Qué imprudente! Y yo en el baño. Hágame usted el favor de llamar. Junto al espejo está el botón del timbre.

ANTONIO. ¿Y dónde... dónde está el espejo?

LUISA. ¡Es verdad que usted no lo vé! ¿Dónde está usted sentado?

ANTONIO. En el diván.

LUISA. Pues detrás de usted está el espejo. Vaya con cuidado.

ANTONIO. Veremos si acierto... (Tira una silla.) ¡Ay!

LUISA. ¿Se ha hecho usted daño?

ANTONIO. (Levantándola.) No es nada. Lo mejor será que usted me hable, y por el metal de su voz, me guiaré hasta la puerta.

LUISA. Pero es que estoy desnuda.

ANTONIO. Pues por eso...

LUISA. ¿Eh?

ANTONIO. Digo que por eso hay que evitar que coja usted frío. Yo, desgraciadamente, no he de verla...

LUISA. Es verdad. Así hablaremos mientras me seco.

(Antonio se dirige poco á poco y de puntillas hacia la puerta del foro, con fingidos titubeos y vacilaciones, llegando á la puerta precisamente en frente de la cortina. Por el juego escénico se ha de comprender que la ha visto desnuda, y que se oculta en la parte corrida de la cortina para disimular su alegría.)

ANTONIO. Siga... Siga usted hablando.

LUISA. Ya ha llegado usted...

ANTONIO. Bien. Me detengo. (Mirando tranquilamente al interior del cuarto de baño.)

LUISA. (Asustada.) ¡Ay, por Dios, no me mire usted con esos ojos tan abiertos que me parece qne puede usted verme!

ANTONIO. ¡Ay! (Suspirando tristemente.) ¿Cree usted que si la viese estaría tan tranquilo?

LUISA. Tiene usted razón. De todos modos, corra la cortina porque me entra frío.

ANTONIO. (Lo hace. Suspirando.) Corrámosla... (Con mano vacilante figura buscar la cortina precisamente por donde no la hay descorriéndola por completo.)

LUISA. Por ahí, no... Con la otra mano... Así. (Antonio tira de pronto, cerrándose y volviéndose rápido hacia el público, todo congestionado y con los ojos en blanco.) ¡Y tan suficiente! ¡Madre santa, qué circuíto!... ¡Y qué lunar!... Precisamente donde á mí me gustan. Entre ambos mundos. (Mirando por una rendija.) ¡Qué formas! ¡Esta si que tiene buenas formas! Mas,.. ¡Qué veo!... ¡Otro lunar!... ¡Y dónde! El otro en la comisura de los labios.!Y qué labios! ¡Los grandes labios! (Mirando otra vez.) ¡Qué pierna! ¡Y qué detalles! ¡Sobre todo los detalles! .. Se acabó... Ya sale... (Empieza á andar vacilante en distinto sentido, tropezando con las sillas. Luisa entra en escena envuelta en su bata.)

ESCENA VI

LUISA Y ANTONIO

LUISA. ¡Pobre amigo mío!

ANTONIO. No me compadezca usted. Soy feliz al verla, ó mejor dicho, al pensar como estará usted.

LUISA. ¿Pues cómo cree usted que estoy?

ANTONIO. Desnuda. ¿O es que se baña usted vestida?

LUISA. ¿Está usted loco? Llevo puesto un peinador. Vea usted..., (Presentándoselo para que lo toque.) ó mejor dicho, toque usted.

ANTONIO. (Toca lo que puede con las dos manos tranquilamente.) Vaya si toco. (Duro como el marmol.)

LUISA. ¿Me permitirá usted que me avíe?

ANTONIO. Desde luego, Luisa. Hablaremos á través del biombo. (Luisa entra tras el biombo.)

LUISA. ¡Ay! Me he dejado fuera una de las medias. (Antes ha tirado fuera del biombo la bata.) Y el caso es que no tengo con qué cubrirme para salir á buscarla.

ANTONIO. ¿Y qué la importa á usted salir? Yo...
LUISA. ¿Pero, y si me enfrío?
ANTONIO. Deje usted, yo buscaré... á tientas.
LUISA. Yo le diré donde está. (Asoma la cabeza por el biombo.)
ANTONIO. ¿Voy bien?
LUISA. No; más á la derecha. En una silla.
ANTONIO. ¿Así?
LUISA. Sí, sí... La tiene usted al lado. (Al verle que la coge.) ¡Esa es!
ANTONIO. Gracias á Dios. Ahora voy á llevársela. (Va hacia el biombo.) Hable usted para que yo me oriente.
LUISA. Cuanto se lo agradezco. (Antonio se asoma por el biombo y alarga la media á Luisa Ocultándose en el mismo, demuestra al público que la ve y... que está superior. Por último, queda frente al biombo sentado en el suelo, de modo que pueda verle á ella.)
ANTONIO. No vale la pena.
LUISA. ¿Pero qué hace usted ahí?
ANTONIO. He perdido la noción del sitio donde me encuentro y temo romperme la cabeza contra algún mueble.
LUISA. Espere usted, que ahora salgo.
ANTONIO. ¡Y pensar que la he oído á usted cantar aquella canción tan preciosa en el Japonés!
LUISA. ¿Cuál?
ANTONIO. La «camisa».
LUISA. Es verdad.
ANTONIO. Ahora debe usted estar muy á propósito para cantarla.
LUISA. ¿Y usted qué sabe?
ANTONIO. Me lo figuro por el tiempo transcurrido. ¡Ay, pobre de mí! Ya no volveré á verla.
LUISA. Puede usted oirla.
ANTONIO. No es igual.
LUISA. ¿A que le gusta á usted lo mismo?
ANTONIO. ¿A que no?
LUISA. Vamos, voy á cantarla para que se le quite el mal humor.
ANTONIO. Sí, pero condúzcame usted al diván. Aquí estoy violento.

LUISA. Como usted quiera, (Sale Luisa con una camisa de encajes, larga, decente, que tenga de ella sólo el nombre, una verdadera bata adornada; acompaña á Antonio al diván y allí le deja sentado.)

Música.

LUISA. Yo soy muchacha elegante
á quien encanta lucir,
y á quien agrada bastante
con mucho lujo vestir;
y aunque me vista de prisa,
siempre quisiera tener
mucha blonda en la camisa
para que se pueda ver.
Subo la camisa
y hay un alboroto,
y si me la quito
puede hacerse un roto.
ANTONIO ¿Que la suba?
LUISA. Quiá.
ANTONIO. ¿Que la baje?
LUISA. No.
Para el sube y baja
no estoy aquí yo.

———

LUISA. Un señor amigo mío
me quiere en camisa ver,
y yo tengo mucho miedo
y que me dé por toser.
Por eso cuando me mira,
lleno de satisfacción,
si se la subo suspira
y quiere darle un tirón.
ANTONIO. Baja la camisa,
porque me alboroto,
anda ve subiendo
muy poquito á poco.
¿Se la sube?
LUISA. Quiá.
ANTONIO. ¿Se la bajo?
LUISA. No.
Para el sube y baja
no estoy aquí yo.
Bailan.
(Antonio la abraza conmovido).

Hablado.

LUISA. ¡Estése usted quieto!
ANTONIO. Tenía usted razón; me gusta, me gusta.
LUISA. Pues á mí me disgusta que se haya usted vuelto tan atrevido, y es desde su enfermedad.
ANTONIO. Mi enfermedad usted tuvo la culpa de ella.
LUISA. ¿Yo?
ANTONIO. La última vez que me despidió con cajas destempladas, sentí tal desesperación, que empecé á verlo todo rojo.
LUISA. ¡Una congestión!
ANTONIO. Y luego todo negro.
LUISA. ¡Dios mío!
ANTONIO. Si supiera usted lo triste que es perder un sentido... ¡Cómo se conoce que no ha perdido usted nada!
LUISA. ¿Quién se lo ha dicho á usted?
ANTONIO. Bueno, sí... Habrá perdido usted, pero hace mucho tiempo.
LUISA. ¿Cómo? ¿Cómo? (Detrás del biombo.)
ANTONIO. Vamos á ver, ¿qué ha perdido usted?
LUISA. La memoria á consecuencia del tífus.
ANTONIO. ¿Y qué más puede usted desear que haber perdido sólo... eso? Siendo viuda, no comparará usted, y todo la resultará... nuevo.
LUISA. (Sale en pantalones.) Vamos, ¿no ha visto usted una liga mía?
ANTONIO. ¿Puesta?
LUISA. ¡Qué guasón está el tiempo!
ANTONIO. Si la digese que la he visto, no me creería usted. (Dolorosamente.)
LUISA. Usted dispense; es verdad. Una mujer debe evitar peligros.
ANTONIO. Vea usted. Ahora ya no hay ninguno.
LUISA. Sí; pero ahora... Si le gusto, como no puede verme, se aburriría.
ANTONIO. Cuando me aburriese podría entretenerme en buscarla...
LUISA. ¿El qué?

ANTONIO. Distracciones. (Ya iba á soltar lo del lunar.)
LUISA. ¡No me mire usted así!
ANTONIO. Mi mirada está muerta. La tengo completamente fría. Sin embargo, no ignoro que tiene usted un lunar.
LUISA. ¿Dónde? (Sobresaltada.)
ANTONO. Mejor lo sabe usted que yo.
LUISA. Es que tengo dos.
ANTONIO. ¿Dos? Pues uno... entre los dos... eso es, y el otro.
LUISA. El otro...
ANTONIO. El otro donde usted sabe.
LUISA. Eso se lo ha dicho á usted Elvira.
ANTONIO. No,
LUISA. O Arturo.
ANTONIO. ¿Eh? (Alarmado.)
LUISA. Es mi médico.
ANTONIO. ¡Ah! ¡Vamos! No me lo ha dicho nadie. Le ví á usted el lunar cuando trabajaba, por el descote.
LUISA. (Respirando.) ¡Ah! Pero es que está muy abajo.
ANTONIO. (Dándola besos en la mano.) Ya lo sé que es muy abajo, ya lo sé.
LUISA. ¿Pero está usted loco?
ANTONIO. De amor. No se asuste. Es la crisis de los ciegos, ¡Somos tan desgraciados! ¡Ay, si usted supiera!
LUISA. Cuente usted.

Música.

ANTONIO. Café con leche me dió la Pura
y una ensaimada que estaba dura
y yo al notarlo me incomodé.
LUISA. ¿Por qué, por qué?
ANTONIO. Porque me dijo, se me figura,
que se la he puesto bastante dura:
más si se enfada, procuraré.....
LUISA. ¿El qué? ¿El qué?
ANTONIO. Como estoy ciego yo eso no lo sé.

———

ANTONIO. Don Juan Lapiedra dicen que un día,
que en automóvil iba y venía,
á una muchacha preciosa vió.

LUISA. ¡Gachó, gachó!

ANTONIO. Y aunque derecho se iba al garaje,
le dijo al chofer: deja que baje,
y algunos dicen que se bajó.

LUISA. ¡Que no, que no!

ANTONIO. Como soy ciego no lo he visto yo.

ESCENA VII

DICHOS Y ELVIRA

ELVIRA. Señorita... Ahí está la profesora de baile.

LUISA. Que pase. (Elvira sale.)

ESCENA VIII

DICHOS Y LA PROFESORA DE BAILE. Tipo achulado. Anda siempre en paso de baile. Acento andaluz.

PROF. (Entrando.) Zalú.

LUISA. (Desde dentro.) En seguida salgo. Entreténganse mientras tanto.

ANTONIO. ¿De modo que usted es profesora?

PROF. De baile y cante... Yo conosco toas las manifestasiones coreográficas conosías, el paso de truque, paso de tango, paso de sevillanas, paso de cake valk, paso de...

ANTONIO. Sí, vamos, sabe usted hacer el paso de todas maneras.

PROF. En el quebrado de cintura soy sin rival. ¿Quiere usted? (A Elvira.)

ANTONIO. ¿Quebrarme la cintura?

PROF. No; avisar á la señorita.

ELVIRA. Ahora sale.

LUISA. (Saliendo.) ¡Hola! maestra.

PROF. Vamo á ve, niña. ¿Qué se ha hecho en ese pasito del Caramay?

ANTONIO. ¿Caramay?

PROF. Es una dansa que la estoy enseñando á la zeñora y que va á yamá la atensión en Madrí.

LUISA. Es muy bonita.
ANTONIO. Vamos á ver ese Caramay.
PROF. Es la dansa der Camagüey...

Música.

EL CARAMAY

LUISA. PROF. } Es la danza del Caramay
el baile más bonito que hay,
porque tiene figuras preciosas
y cadencias que son muy graciosas,
y si no ahora mismo va á ver
si es bonito el Caramay.

(BAILE)

PROF. Mírame.
ANTONIO. Límpiate.
PROF. Dale al pie presiosidá.
ANTONIO. M' has matao,
m' has dejao
fraturao por la mitá.
¡Ay que meneo!
Cuando la veo
me mareo
y me ladeo.
¡Ay que vecina!
Cuando se inclina
me destroza el corazón.
LUISA. ¡Ay que bribón!
¡Qué gachó tan guasón!
ANTONIO. Me da aprensión
ver su dislocación.

LUISA. PROF. Y DONCELLA. } Bribón, chungón, guasón, melón.
Pón.

(BAILE)

TODOS. ¡Ay, ay, ay!
Bailando el Caramayayay,
que es lo mejor que viene
del propio Camagüey.
¡Ay, ay, ay!
Que hay que decir carayayay
y ponerse al mirarlo como un buey.

(BAILE)

PROF. Esa cara,
ese cuerpo,
esos pies.

TODOS. Ráscate,
si algún picor te dá en el pie,
verás que bien te sale el lindo Caramay;
mírame,
que yo al mirarte te diré
que pareces una estatua del gran Blay.
Ráscate,
si algún picor te dá en el pie,
verás que bien te sale el lindo Caramayayay,
pues como este baile igual no le hay,
aunque vayas al mismo Bombay;
pué que le dé envidia á Echegaray
si te ve bailar el Caramay.
Pón.
El Caramay
es el baile
más bonito que hay.
¡¡Velay!!

Hablado.

PROF. La mar de bien. Lo que no sabe usté entoavía es quebrar la cintura. Vamos á ensayar eso.

ANTONIO. No; eso es una barbaridad.

LUISA. Si no me lastima. Me coge por la cintura y me sostiene.

ANTONIO. ¿La sería á usted lo mismo que yo la sirviese de trípode?

PROF. Hay que tener sensia en eyo. Vamos á ver. (La coge por la cintura. A su voz ella se inclina á uno y otro lado.) Una, dos, tres. (Timbre.)

ESCENA IX

DICHOS Y ELVIRA

ELVIRA. Señora, el médico.

LUISA. Es verdad, que hoy es día de cura.

ANTONIO. ¿Pero está usted enferma?

LUISA. Sí; casi nada. Un poco de catarro á la vista.

ANTONIO. ¿De modo que es un oculista? (Buscando donde esconderse.) (¡Aprieta!)

LUISA. ¿Qué hace usted?

ANTONIO. Quiero ocultarme. No puedo ver á ningún oculista. ¡Ellos tienen la culpa de que me vea, digo de que no me vea así!

LUISA. ¿Quién sabe si éste le curará?

ANTONIO. ¡No! ¡no! (Es capaz de dejarme ciego de veras.)

PROF. Güeno, yo me marcho. Hasta mañana. Zalú y aliviarse.

LUISA. Adiós, maestra (Sale la profesora.)

ESCENA X

LUISA, ANTONIO Y ARTURO.

ARTURO. Muy buenos días, hermosa cliente. ¿Qué tal esos ojos? (Ve á Antonio que vuelve la espalda rápidamente.) ¡Caballero!

ANTONIO. Servidor.

ARTURO. ¿He sido inoportuno? Me retiro.

LUISA. No, doctor. Es que mi amigo, D. Antonio Gutiérrez. (Antonio la tira de la falda.) No se asuste usted; si no le hace nada. (Antonio se vuelve de espaldas otra vez.) Mi amigo se ha quedado ciego de un disgusto.

ANTONIO. (¿A que acaba por descubrirme?)

LUISA. Y no ha encontrado doctor que le cure.

ARTURO. ¿Y dice usted que á consecuencia de un disgusto? (A Antonio.) Y si yo le dijese que he visto muchos casos que con una gran emoción han recobrado la vista. Yo me comprometo á curarle.

ANTONIO. ¿A que no?

ARTURO. Yo se lo aseguro

ANTONIO. (¡Canario! No es mal medio.)

ARTURO. Es una curación parecida á la de los locos, que recobran la razón por otra sacudida moral análoga á la que produjo su locura.

ANTONIO. (Sería un buen golpe realizar el milagro delante de ella.)

ARTURO. Permítame usted que le examine.

ANTONIO. (Ahora me descubre y me parte por el eje.) No me dejo examinar; no, señor.

LUISA. Yo se lo suplico.

ANTONIO. Esta señora me lo pide y no puedo negarla nada.

ARTURO. Vamos á ver. (Saca una lente y va á mirarle.)

ANTONIO. (Ahora es cuando me pegan dos patadas.)

ARTURO. Abra usted bien los ojos.

ANTONIO. No me toque usted. (Este me deja ciego de veras.)

LUISA. ¡No tiene usted poco miedo!

ANTONIO. ¡He sufrido tanto!

LUISA. ¡Pobre amigo mío!

ARTURO. Así .. Perfectamente. (Le examina.) Pero señor mío, si no tiene usted nada.

ANTONIO. ¡Abrete, tierra! Ya lo conoció.

ARTURO. Unas simples manchas en el cristalino. ¿Esta ceguera, la padece usted hace tres años?

ANTONIO. No, señor; tres semanas,

ARTURO. Sí; eso es lo que quise decir, tres semanas. (Me he colado.)

LUISA. (Llevándose el doctor aparte.) ¿Qué?

ARTURO. (Bajo á Luisa.) Está perdido irremisiblemente.

LUISA. ¡Ah! (Grita, se tapa la cara con las manos.)

ANTONIO. ¿Eh? ¿Qué?

LUISA. ¡Y yo que sería tan feliz si recobrase la vista! (Llorando.)

ARTURO. ¿Le interesaba á usted?

LUISA Sí; ¡le adoro! ¡Le idolatro!

ANTONIO. (Dando un grito.) ¡Cielos! (Se tapa los ojos con las manos.)

LUISA.
ARTURO. } ¿Qué pasa?

ANTONIO. ¡Quietos!... ¡Silencio!... Veo..., me parece que veo. (Destapándose un ojo.) Con este veo... (Destapándose el otro.) Y con este... Y con este. . Digo, este soy yo. (Mirándose al espejo.) Esta, Luisa. . Este, el doctor... (Cae de rodillas.) ¡Gracias, Dios mío!

ARTURO. (Nada, que me he vuelto á colar)

LUISA. ¿No decía usted que estaba perdido?

ARTURO. ¿No comprende usted que lo hice para emocionarle?

LUISA. Pero si lo dijo usted tan bajo que no ha debido oir nadar (A Antonio.) ¡Qué momento ha debido usted pasar!

ANTONIO. Delicioso, al oirla decir que me quiere.

LUISA No, al oir que estaba usted perdido.

ANTONIO. (Asombrado.) ¿Perdido yo?

LUISA. El doctor dijo que no tenía usted remedio.

ANTONIO. Pues no he oído nada.

ARTURO. (Me he colado por tercera vez.) (A Luisa.) Conque... yo me marcho, tengo mucho que hacer. Celebro la cura realizada. Son 25 pesetas de honorarios.

ANTONIO. Me pasaré por su casa. (Como no cobres más que mi cuenta, te has lucido.)

ARTURO. Adiós, amigo mío. (Me voy antes de colarme por cuarta vez.) A sus pies, Luisita, (Sale.)

ESCENA ÚLTIMA

ANTONIO Y LUISA

ANTONIO. Con que me ama usted.

LUISA. Ya lo ha oído. No puedo volverme atrás.

ANTONIO. Ahora con tu cariño y viéndote, acabaré de curarme por completo.

LUISA. Fío poco en la medicina.

ANTONIO. Ya ves como me curó
de tu amor el dulce fuego.

LUISA. Amor es un niño ciego.

ANTONIO. Gracias á él he visto yo.

AL PÚBLICO

No hay prenda como la vista,
dice un antiguo refrán,
y si lo que se ve es esto,
no hay nada que valga más.

Música y telón.

COUPLETS

Todas las moras que aquí han llegado
y en la embajada se han ocultado,
hacen protestas de admiración.
Y tién razón.
Porque hace días de sus balcones,
mientras hacían sus oraciones,
vieron á Cierva el pantalón.
¡Guasón, guasón!
Yo sí comprendo tanta admiración.

——

Un caballero muy ardoroso
y además hombre muy generoso,
pasa su vida en el café.
¿Por qué? ¿Por qué?
No toma nada que debilite,
pues teme el hombre que se le irrite;
mas toma menta, que sirve Inés.
¡Rediez! ¡Rediez!
Pide una paja y la paga bien.

——

Como ahora hay sastres para señoras,
varias modistas trabajadoras
hacen protestas de indignación,
¡Y tién razón!
Y una exclamaba: O me prometen

que en nuestras faldas no se nos meten,
ó yo me agarro al pantalón.
¡Bribón, bribón!
Yo lo comprendo que tienen razón.

———

Luís con su señora fué á ver sombreros
y renegaron los sombrereros
con los sombreros que revolvió.
¡Gachó, gachó!
Y Luis confiesa que le encocora,
pues dice el pobre que su señora
siempre se tira á lo mejor.
¿Que no, que no?
Como estoy ciego no lo he visto yo.

———

La bella tiple Pilar Truchuela,
haciendo el tonto de una zarzuela
obtuvo un éxito piramidal.
¡La mar! ¡La mar!
Y como el éxito se ha confirmado,
ahora va el público entusiasmado
por verle el tonto á la Pilar.
Cabal, cabal.
Esas son ganas ya de fastidiar.

———

Es la Dolores muy guapa chica,
Y además de esto dicen que es rica,
y aquí en secreto yo le diré:
¿El qué, el qué?
Que la Dolores se transfigura
cuando la tocan con gran dulzura,
como hace días yo la toqué.
¿El qué, el qué?
Un sitio sensible, como tendrá usted

———

Tiene mi tío una doncella,
y como es viudo duerme con ella,
y el otro día me refirió:
¡Gachó, gachó!
Que al acostarse se peinó el moño,
y mi pariente, que es algo ñoño,
muy de su gusto se lo encontró.
¡Y yo, y yo!
Le perfumó un poco, luego se durmió.

Obras de Emilio G. del Castillo.

Duda cruel, monólogo. (Agotada.)

Lazo de unión, comedia en un acto. (Premiada en el concurso de «El Teatro».)

El intruso, comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.

Fenisa la Comedianta, zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.

Las bandoleras, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original, música de Tomás L. Torregrosa.

Holmes y Raffles, fantasía melodramática con música de Pedro Badía.

La garra de Holmes, segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.

Cómo se ama, boceto de comedia en dos actos, original y en prosa.

¡Pícaro teléfono!, juguete cómico en un acto y en prosa.

El príncipe Sin-Miedo, cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.

Sol y alegría, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, original, música de Tomás L. Torregrosa.

Los segadores, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, original, música de Manuel Quislant.

Los talianos, astracanada en un acto y tres cuadros, original y en prosa, música de Joaquín Gené.

El bello Narciso, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música de Ramón López-Montenegro.

No hay prenda como la vista, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, inspirado en un cuento francés, música de Ernesto Ruiz de Arana y Manuel Rivas.

Obras de Luís de Olive.

El 30 de Infantería (1), tres actos.
Cena de despedida, un acto.
El último recurso (2), dos actos.
El 30 de Infantería (1), dos actos.
Especialidad de la casa, monólogo.
El certificado, un acto.
La sombra de Venus, dos actos.
La sombra de Venus, un acto.
El Jefe interino, un acto.
El abuelito, un acto.
El canciller de hierro, un acto.
Una conquista, diálogo.
El regalo de mamá (3), un acto.
El cuidado ajeno, un acto.
El bello Narciso (4), un acto.
No hay prenda como la vista (4), un acto.

(1) En colaboración con D. Joaquín Abati.
(2) Idem con D. Manuel A. Naya.
(3) Idem con D. Vicente Castilla.
(4) Idem con D. Emilio G. del Castillo.

Precio: UNA peseta